III

EL POSITIVISMO

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO ANTES DE LA DECLARACION

III

EL POSITIVISMO

Un escritor notable (1) al exponer la filosofía de Epicuro, pobre filosofía que no pudo dar jamás solución á los problemas del principio y del fin, nos dice que, sin embargo de su insuficiencia, era tal la situación moral de Grecia en aquel entonces, presa de la inquietud y del desaliento, que las doctrinas del filósofo fueron acogidas con entusiasmo, y remediaron, ó más bien dicho, aliviaron el mal, porque al menos, tranquilizaban momentaneamente las conciencias, moderaban el desenfreno de las pasiones, y establecían en lo moral cierto equilibrio y armonía, que si no eran la paz cristiana, ni aún la indiferencia estoica, sí reconciliaban al hombre con los dioses y hacían más llevadera la carga de la vida.

Al menos si ese autor no ha expuesto explícitamente tal cosa, la deduzco de su estudio, y me parece que la filosofía positivista, que por otra parte presenta muchos puntos de contacto con el epicureísmo, vino á mediados del siglo XIX á satisfacer en apariencia una necesidad de aquella época de desazón, de ansiedad, neurósis mental, buscando á la razón extraviada, en medio de tan encontradas opiniones, asilo seguro, aunque estrecho; campo reducido, pero sin precipicios; maestro que enseñase poco, pero con absoluta certidumbre. (2)

Y en verdad, la razón, olvidada de Dios y de la Iglesia, luchaba en vano por buscar segura norma, y Augusto Comte se la presentó en apariencia, pero con la condición de que se cortase las alas, de que se limitase á ver á través de los sentidos; de que prescindiese de su origen y de su fin, buscando sólo la verdad en el haz de la tierra, como la bestia el pasto. Puede cumplir el positivismo su promesa de no dejarnos errar, pero á trueque de ignorar lo que más importa. ¡Qué verdad tan costosa la que no satisfaciendo las aspiraciones del corazón se compra á trueque de tamaña ignorancia! El positivismo encierra la razón en una cárcel, en cuyo estrecho recinto tendrá menos tropiezos, pero en donde quedará eternamente privada del libre ambiente y de los dilatados horizontes.

No hay causas, todos son fenómenos, hechos, puros hechos y sólo hechos, como gritaba el pedagogo de Dickens. La ciencia está en generalizar y su generalización es la ley. Y aquí se detiene el sistema. (3) Y qué—pregunta el catecúmeno— ¿nunca esa ciencia miope se remontará á las causas? "Nunca— contesta el Pontífice. Observa exactamente, generaliza lógicamente lo observado, y conténtate con la ley que nazca de la generalización. No llegarás á Dios por ese camino, pero no importa; el progreso está precisamente en separarse de El." (Aquí el positivismo, que nada quiere enseñar en materias religiosas, comienza á hacerse apóstol del ateísmo) "¿No ves—continúa el Pontífice —que el salvaje entero es fetiquista; el salvaje á medias monoteísta; el civilizado incipiente, metafísico y científico sólo el civilizado completo, científico, es decir, conocedor sólo de los hechos é ignorante de todo lo demás?"

Augusto Comte, en efecto, á su diminuta y miope filosofía de simple observación, quiso buscar base en una ley histórica, porque no le encontró otro fundamento racional, é inventó la teoría de los tres estados de la humanidad, teoría tan contraria á la historia y al sentido común, como la del pacto social de Rousseau en su orden.

"La humanidad en su desarrollo pasa necesariamente por tres fases. Comienza por el estado *teológico* ó ficticio: entonces el hombre explica el mundo exterior

por voluntades sobrenaturales, análogas á la suya; descuida la observación y la imaginación reina soberanamente. Al estado teológico sucede el estado *metafísico* ó abstracto; éste no es más que una transición: las abstracciones ocupan el lugar de los seres concretos y sobrenaturales. En fin, el espíritu se detiene en el estado *positivo* ó científico, como en un estado definitivo: todos los fenómenos se explican por las simples relaciones que hay entre los hechos accesibles á la experiencia."

Pero realmente, la razón tornadiza y voltaria, como brújula solicitada por diversos imanes, en ese sistema descansaba siquiera, aunque cambiando por vuelo de insecto, el propio suyo de águila caudal.

Fuera de la Iglesia se producía el caos, y Comte, que carecía de humildad para ser creyente (4), sin saber qué pensar, erigía en sistema el no pensar, y la razón civilizada, la científica, la distante tantos siglos del fetiquismo, levantaba un altar á la ignorancia.

Echemos una rápida ojeada á la situación intelectual del mundo en la primera mitad del siglo XIX.

* * *

Era un caos—decíamos—y si ardía como siempre puro y tranquilo el faro de la Iglesia, las nieblas del derredor eran obscuras de tal modo, que aquella luz bendita no podía disiparlas.

Napoleón fué gran enemigo de los filósofos que le parecían peligrosísimos, y según Jouffroy en 1814, la filosofía en Francia se asfixiaba en un agujero sin aire. (5)

Cuando á la caída del César pudo respirar un poco, pidió oxígeno á Alemania, y Kant le inspiró el pesado ambiente germánico, saturado de densas y pegajosas brumas.

Según Heine, la *Crítica de la razón pura* es el hacha que mató en Alemania al Dios de los deístas (6); pero no se concibe cómo pudo ser esto porque del mismo sistema de Kant no se deduce el panteísmo lógicamente y porque el filósofo, después de sostener esta doctrina sobre falsa base, echa por tierra, en nombre

de la razón práctica, lo que había construído con el instrumento de la razón crítica.

En efecto, según ésta, no tenemos conciencia más que de los fenómenos, pero nos son desconocidos los *neumones*. Es decir, los objetos exteriores nos impresionan, pero sólo tenemos certidumbre de la impresión y lo externo permanece incognoscible. Según Kant, el *yó es una luz que brilla en medio de las tinieblas*.

Pero bien—pregunto—esos objetos externos que nos impresionan ¿son nosotros mismos ó son diversos de nosotros mismos? Kant no se atreve á afirmar lo primero y parece que duda, lo que ya basta para que el panteísmo no se deduzca lógicamente de su sistema, (7) y después de enseñar la razón pura, inventa la razón práctica, que no sé qué cimiento racional pueda tener, si buscamos materiales sólo en el arsenal del filósofo, y confiesa al Dios personal diverso del *yo* y del mundo.

Heine, al hablar y al burlarse evidentemente de esta evolución candorosa, dice con exquisita gracia: "Dios, según Kant, es un *noumen,* y en consonancia con sus argumentos, ese ser ideal y trascendental, que hasta entonces se había llamado Dios, queda reducido á una suposición. Es el resultado de una *ilusión* natural. Sí, Kant demuestra que no podemos saber nada acerca de ese *noumen,* acerca de Dios, y que es imposible dar ninguna prueba razonable de su existencia. Las palabras de Dante, *Lasciate ogni speranza,* las inscribimos en esa parte de la *Crítica de la razón pura.*"

. . . . . .

. . . . . .

"Creeréis tal vez que ya no nos queda sino volver á nuestra casa. No tal, aún nos queda por ver el sainete; tras la tragedia viene lo cómico. Manuel Kant ha tenido hasta aquí el acento de un filósofo inexorable, ha tomado el cielo por asalto y ha pasado á cuchillo toda la guarnición. Veis que yacen sin vida los guardias de corps ontológicos, cosmológicos y psicoteológicos; la misma deidad, privada de demostración, ha sucumbido; ya no hay ni misericordia divina, ni bondad paternal, ni recompensa futura para las privaciones actuales; la inmortalidad del alma está en agonía....

No se escuchan sino estertores y gemidos....Y el viejo Lampe, afligido espectador de esta catástrofe, deja caer su paragiias; córrenle por el rostro gruesas lágrimas y sudor de angustia. Entonces Kant se enternece y demuestra que es, no solamente un gran filósofo, sino también un buen hombre; reflexiona y dice con tono entre bonachón y malicioso:

"Es preciso que el viejo Lampe tenga un Dios, sin lo cual no puede ser feliz el pobre hombre... Ahora bien, el hombre debe ser dichoso en este mundo.... Esto es lo que dice la *razón práctica.* Así, pues, quiero muy de veras que la razón práctica garantice la existencia de Dios." Como consecuencia de este razonamiento, Kant distingue entre la *razón teórica* y la *razón práctica*, y, con ayuda de esto como con una varita mágica, resucita al Dios que había matado la razón teórica.

Pudiera ser muy bien que Kant emprendiese esa resurección, no solamente por amistad con el viejo Lampe, sino por temor de la policía. ¿Obraría por convicción? ¿Quiso, al destruir todas las pruebas de la existencia de Dios, mostrarnos lo triste que era para nosotros el no saber nada de Dios? Obró en esto, poco más ó menos, como mi amigo Wesfaliano, que rompió todos los faroles de la calle Grhond en Gotinga, y nos echó en la obscuridad un largo discurso sobre la necesidad práctica de los faroles que había apedreado de una manera teórica, para enseñarnos que sin la luz bienhechora no podíamos ver nada." (8)

Tras de Kant entraron en Francia las filosofías más nebulosas si cabe, de Fitche, Shelling y Hegel; el enrevesado Hegel, autor del sistema de la Síntesis, el más abstruso, el más ilógico y, para decirlo de una vez, el más absurdo que haya salido nunca de la boca de un filósofo alemán, (9) sin negarle rasgos de profundísimo genio.

Naturalmente bajo el limpio cielo francés tenían que transformarse aquellas tristes producciones del Norte, y nació el eclecticismo de Jouffroy y de Cousin, nuevo Proteo que tomaba mil diversas formas y que sólo tenía el mérito en los países latinos de ostentar las galas de un estilo de cálido color, tan diverso del ropage gris y descolorido de las doctrinas alemanas.

"Habla (el eclecticismo) el más bello lenguaje que se ha oído después de Platón, Cicerón y San Agustín en la antigiiedad; después de Bossuet, Fénelon y Malebranche en los tiempos modernos; y sin dar una importancia exagerada á esta cuestión de forma, pensamos que la verdadera filosofía no debería perder esa tradición artística, ya sea que hablase en latín, ó en francés, ó en cualquiera otra lengua viva. La delicadeza y la belleza no están del todo desnudas de valor objetivo: quien escribe elegantemente da al saber humano una semejanza más exacta con la onminisciencia divina." (10)

Entre los católicos, De Maistre era un gran genio y un insigne apologista, pero su lenguaje truculento, sus paradojas y arranques de pasión, lo desacreditaban. (11) Bonald era una ilustre medianía; Donoso, orador insigne, no encontró teatro suficiente en que desplegar sus inauditas dotes y sólo Lammenais, si hubiera prescindido de sistemas propios y adoptado la sana y robusta filosofía que adoptó después su discípulo Lacordaire (12), habría encauzado el movimiento filosófico y librado el mundo de la plaga del positivismo.

Pero no fué así. Lammenais dió el triste espectáculo de proscribir primero la razón en nombre de la fe, y después la fe en nombre de la razón, pasando del tradicionalismo al racionalismo y demostrando que se tocan los errores extremos.

Sus contradicciones y su caída, siendo la inteligencia más poderosa de Europa, desorientaron muchos espíritus y prepararon el campo al positivismo, que parecía la única tabla de salvación en tan espantoso naufragio.

Panteísmo de diversas formas, ateísmo brutal en Proudhom, eclecticismo de variados tintes, tantos sistemas como filósofos y tantos filósofos como no se habían visto nunca, inundaban la tierra, sin que apareciera ningún Bossuet que hiriera aquella bestia de cien cervices, como el gran Obispo de Meaux hirió el protestantismo, aniquilándolo en el orden científico, cuando apenas llevaba un siglo de existir.

Lacordaire, inteligencia clarividente que descubrió la necesidad de apoyar la apologética en la filosofía

tradicional de la Iglesia, en la escolástica; elocuencia suave y prudente que con mano amiga sabía amansar los odios más enconados; espíritu sutil que supo presentar bajo aspectos nuevos y lucientes cosas envejecidas y empolvadas por los siglos, habría sido el llamado á traer en auxilio de la fe la escolástica y á disputar el campo al positivismo, si no hubiera sido más que orador, si hubiera acertado á ilustrar el mundo con su pluma, como encantaba á un auditorio escogido (*d'elite*) con su poderosa palabra. (13)

Chateaubriand, muy inferior á Lacordaire como pensador, supo escribir un libro de circunstancias, que hizo volver á Francia la vista hacia atrás y comprender que había olvidado en su carrera muchas cosas hermosas. Ese libro no lo pudo escribir Lacordaire, porque el genio, como el espíritu de Dios, sopla donde quiere. Quizá la Providencia quería privar á la Iglesia de medios humanos, para demostrar al mundo el valor de la fe y la virtud de la plegaria.

El positivismo engañaba al mundo, ofreciendo al pensamiento norma que parecía segura, y desde su aparición (1830) se ganó algunas buenas inteligencias sin orientación, y conquistó enorme cantidad de medianías cultas y semi-cultas, ilustradas y semi-ilustradas, porque siendo doctrina de fácil acceso es admirablemente apta para la difusión.

Nada más cierto, y esto hace el positivismo muy peligroso, tanto, que ahora, como lo demostraremos después, que ha ido perdiendo terreno en las inteligencias de los sabios, aún domina la caterva semi-docta, y Augusto Comte, Littré, Robin, Brewster, St. Mill, Lewes, Spencer, Buccholz, Twesten y E. Duhring, desautorizados en el mundo científico, siguen siendo los maestros infalibles de periodistas, abogados, médicos, ingenieros, militares y hasta de personas que ni de lejos han saludado las escuelas. (14)

Kant es profundo muchas veces y algunas tan obscuro, que su pensamiento se halla en el fondo de un pozo, como la verdad del filósofo griego, y Cousin, Jouffroy, como buenos metafísicos no pueden vulgarizarse, que la metafísica—como dijo Lacordaire—es una ciencia que está muy por encima del vulgo.

"Porque vosotros mismos, señores,—decía el ora-

dor—familiarizados desde vuestra infancia con las especulaciones de las palabras y de las ideas, vosotros no entenderíais su trabazón (la de la metafísica) si yo os la expusiese, sino con enorme dificultad. Tal vez muchos ni llegaríais á comprenderla, porque nada más raro que la sagacidad metafísica, mirada que, prescindiendo de todas las realidades, penetra firmemente en el mundo de las abstracciones. Os sentiríais agobiados bajo el peso del pensamiento; la misma claridad deslumbraría vuestro espíritu hasta su fondo y todo desaparecería de vuestra mente, lo real y lo ideal, en desfallecimiento doloroso." (15)

El positivismo es un sistema cómodo, accesible á las medianías y con el aparato científico de que se rodea y con la autoridad de sus maestros, con su moral utilitarista y con su pretendida infalibilidad, apenas apareció en el mundo, la Iglesia vió en él un gran vulgarizador, un apóstol del ateísmo y el enemigo más formidable de la Religión.

En verdad, mal que pese á algunos positivistas honrados, pero ilógicos é inconsecuentes, el positivismo es ateo.

Littré, sucesor de Comte, hombre de bien que murió felizmente en el seno de la Iglesia, cuando contemplaba tristemente *el más allá*, no se atrevía á negar ni á Dios ni á la otra vida y decía con acento melancólico:

"El más allá es absolutamente inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nulo ó inexistente. La inmensidad, tanto material como intelectual..... aparece bajo su doble carácter, la realidad y la inacce

dió á los cielos? Si suprimís la razón os arrancáis los ojos del alma, y la antorcha resplandeciente de la fe que sólo guía é ilumina, nada os hará ver evidentemente. Santo Tomás dice: *Sic enim fides proesupponit cognitionem naturalem, sicut gratia naturam et ut perfectio perfectibile.*" (17)

Augusto Comte negaba por lo mismo lo sobrenatural, y tras él, Taine, Spencer y toda la escuela.

El primero de esos filósofos hasta llegó á inventar la famosísima y nunca bien ponderada *Religión de la Humanidad,* con sus ritos, sus santos y su Diosa Razón de la cual es ahora Pontífice el chileno Lagarrigue, triste celebridad americana.

Uno de los Goncourt decía con mucha gracia cuando se le hablaba de tan raro y portentoso invento: "Religión sin sobrenatural, vino sin uvas." Y en efecto, de ese vino falsificado muy pocos han querido beber y el pobre Lagarrigue está expuesto á ser, el día que menos piense, pontífice é iglesia; pero el positivismo filosófico sin formas solemnes, ni culto externo, sí se ha propagado mucho, declarándose sin embozo ateo con Taine y con Spencer.

Bien es que estos maestros, al menos el segundo, no se dicen secuaces de Comte y alardean sistema propio, pero la verdad es que lo siguen en substancia, y ambos niegan lo sobrenatural.

Aquí, y por vía de paréntesis, cabe observar un hecho curioso, del cual quizá un ingenio penetrante deduzca útiles consecuencias. Taine y Spencer, cuando son lógicos, y por lo común, niegan el orden sobrenatural y asombra que el primero, talento altísimo, y el